

Editorial

Estrategias para la superación de la violencia

Ya han pasado dos años desde que se firmó el acuerdo para la terminación del conflicto armado con las Fuerzas armadas revolucionarias de Colombia (Farc). Ante la imposibilidad teórica y conceptual de denominar esta nueva etapa como posconflicto (imposible por las múltiples expresiones de armados irregulares que no estuvieron en el proceso de negociación —es el caso del Ejército de liberación nacional ELN—, o porque siguen financiados por oscuros intereses de algunas élites políticas y económicas —caso de los paramilitares/bandas criminales—), los expertos han coincidido en llamar este periodo como posacuerdo para hacer referencia a una fase de implementación de lo pactado entre el Estado colombiano y la guerrilla de las Farc en La Habana, Cuba.

Es apenas lógico que una fase de implementación tenga obstáculos burocráticos y agotamiento de las partes para mantenerse en la coherencia de lo acordado. No obstante, estas dificultades han sido aprovechadas de manera oportunista por sectores radicales que insisten en la violencia y la eliminación física y simbólica de la diferencia, para prender alarmas exageradas sobre el fracaso de la “Paz de Santos” y la urgente necesidad de volver a las amargas épocas de represión y guerra. En esta tarea, existe un aliado incondicional: los medios de comunicación, quienes no pierden ocasión para señalar con inusual lupa los tropiezos de esta etapa de posacuerdo; todo esto condimentado con titulares apocalípticos, gestos de desaprobación y enfoques sutilmente inclinados a generar pánico en la sociedad.

De manera desafortunada, no existe el mismo rigor periodístico y mucho menos preocupación por los sectores radicales que aman los halcones y los fusiles, cuando de señalar el asesinato de líderes y lideresas sociales se trata. El Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (INDEPAZ), reveló que en lo corrido de 2018 han sido asesinados 227 líderes y lideresas sociales. Una cifra vergonzosa, pero aún más vergonzosas son las voces que intentan relativizar estos hechos (“Se lo merecía”, “Algo estaría haciendo”, “No son asesinatos, sino líos de faldas”). En un segundo plano queda el hecho de ser asesinatos producidos por el odio, rencor e intolerancia que se han alimentado en sesenta años de absurda confrontación. Líderes y lideresas sociales que lo único que han buscado es pensar un país donde exista pluralidad, equidad y democracia.

El tema se vuelve aún más complejo porque no es una situación atípica, y, por el contrario, hace parte de nuestra historia política reciente. En las nuevas generaciones se empieza a desvanecer lo sucedido en la década de los ochenta cuando un sector de las Farc se desmovilizó, le apostó a la política y conformaron la Unión Patriótica. Al principio no hubo mayor objeción a este proceso de paz, pero cuando los resultados electorales mostraron un apoyo de la ciudadanía a esta intención de cambio, llegó el ruido de las balas, hasta convertir la esperanza de otra Colombia en un genocidio contra un movimiento político.

Treinta años han pasado y la historia comienza a repetirse. Esta vez se ha garantizado la participación política del partido político Farc (Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común), pero se han quedado solos esos líderes y lideresas sociales que hacen trabajo de base en las comunidades y entienden que el fin del conflicto va más allá de la firma de un papel, e implica un trabajo sólido, constante y disciplinado en los territorios. Y además de estar solos y solas, quedaron a expensas de grupos radicales que han perdido el sentido por la vida y que no miran más allá de sus intereses inmediatos.

Pero no todo es desesperanzador. La sociedad civil ha cambiado. Es cierto que todavía hay una base muy poderosa que defiende los valores de la tradición, la familia y la propiedad, desde una perspectiva ultraconservadora e intransigente a otras formas de concebir dichos valores. Sin embargo, también se ha fortalecido una base social de mujeres, jóvenes, defensores de derechos humanos, intelectuales, empresarios, periodistas y funcionarios públicos, que no se resignan a que la violencia sea la forma de solucionar nuestros conflictos cotidianos. Esta base social ha logrado movilizarse y trabajar de manera articulada para que el horror de los asesinatos a líderes y lideresas sociales, no se convierta en una noticia más de prensa, radio y televisión, sino que sea un motivo para exigir justicia, verdad y no repetición.

El camino no es fácil, pero eso lo saben las personas que están empezando a construir el rompecabezas de la nueva Colombia. Desde la revista Ciudad Paz-ando, el aporte es sobrio, pero decidido. Abrir el espacio para que esas nuevas voces presenten los hallazgos de sus investigaciones e inspiren ideas y propuestas que nos permitan no caer en el desespero o conformismo impuesto por aquellos que durante 200 años lo han logrado con gritos,

dinero o armas. El diálogo, la palabra y el argumento razonado tienen una batalla en un terreno tan fangoso como la intolerancia, pero si se mantiene la coherencia, los resultados llegarán en el largo plazo y podremos por fin narrar la experiencia de un país que logró mirar en su diversidad una fuerza potencial para proyectarse al mundo, y no un obstáculo que impedía el desarrollo de intereses sectarios.

¿Qué traemos en este número?

En el Volumen 11-número 2 de nuestra revista, presentamos artículos que piensan en alternativas para evitar que la violencia sea la única respuesta a nuestros conflictos. Como se anunció en el párrafo anterior, el equipo editorial ha privilegiado las nuevas voces, aquellas que encuentran muros impenetrables en el mundo académico, donde se exige experiencia, pero no se da la oportunidad de dar el primer paso. En Ciudad Paz-ando consideramos que esta barrera se debe desplazar y que estas voces son las que deben empezar a movilizar los relatos de la Colombia posible.

La revista comienza con el artículo de Johanne Alexis Estrada Rodríguez y Jorge Enrique Aponte Otalvaro, en el que se expone los resultados del proyecto Memorias del Exilio Político en Colombia 1980-2010, y a su vez, un llamado de atención para evitar que los hechos dolorosos del pasado, transiten con impunidad en esta coyuntura de líderes y lideresas sociales asesinados(as) o amenazados(as). El segundo trabajo, de Miguel Ángel Parada Bernal, plantea uno de los puntos neurálgicos en la construcción de paz: el acceso a los medios de comunicación en el posacuerdo; sin duda, uno de los retos que serán claves en la transformación de imaginarios sobre la violencia y la guerra.

En la investigación de Mónica Fernanda Iza Certuche, se ratifica la urgencia de incorporar la perspectiva de la paz territorial desde un enfoque interseccional. La autora argumenta con lucidez la experiencia de región, mujeres y afrocolombianidad en Buenaventura. En el cuarto documento, Roger Camilo Alfonso Leal, hace un recuento histórico de la influencia guerrillera en el Macizo colombiano –específicamente del sur del Cauca–, y cómo de ahí se desprenden lecciones sobre el pasado para evitar cometer errores en el presente y proyectar escenarios en el futuro.

A continuación, el texto de Camilo Arturo Contreras Tiguaque y una experiencia pionera de reconciliación y

resistencia en el país: el caso de los Montes de María, esta vez con la novedad de relacionar lo sucedido en esta comunidad con las perspectivas teóricas de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau. El dossier cierra con el aporte de Paola Adarve Zuluaga, Santiago González Álvarez y María Angélica Guerrero Quintana, quienes elaboran un estado del arte sobre las pedagogías para la paz (PpP) y con esto demuestran que los escenarios de resignación que se intentan proyectar en la opinión pública no se compadecen con el juicioso trabajo de organizaciones sociales en el territorio.

En la sección Voces otras, Juan José Cantor Jiménez, sustenta la importancia de implementar desde la estrategia Aula-ciudad, metodologías de concientización en los jóvenes que más adelante se convertirán en los ciudadanos que tomarán decisiones cruciales para la democracia. En sintonía con Voces Otras, la sección Pensando Regiones, presenta a Artur Oswaldo Villamizar Moreno y Willin Andrés Pobre Otálora con una radiografía intensa y compleja de las relaciones cotidianas y la lucha por el control territorial que giran en torno a la comuna 8 de Medellín.

En el siguiente apartado se presentan dos reseñas. Una dedicada a la obra “La Colombia del Posacuerdo: retos de un país excluido por el conflicto armado”, reseñada por Paula Gaviria, quien se desempeñó como Directora de la Unidad para la atención y reparación a las víctimas. La segunda reseña, de la autoría de Ana María Leguizamón y Astrid Viviana Romero, aborda el libro “Una historia del sistema financiero colombiano”, para desentrañar un sector que ha pasado –expresión coloquial– de agache, como uno de los causantes de los problemas que han hecho de Colombia una sociedad inequitativa y con alta concentración de la riqueza.

La revista cierra su edición con la entrevista, espacio dedicado a personas que marcan la diferencia y motivan a seguir creyendo. En esta ocasión, la periodista Olga Behar conversa con el equipo editorial de su más reciente obra “La paz no se rinde” y el deber-responsabilidad del periodista como eje articulador en la construcción de memoria.

Estimada lectora, estimado lector, agradecemos su interés en este proyecto editorial. Usted hace posible que desde Ciudad Paz-ando sigamos pensando en nuestro compromiso por la paz y la reconciliación.

JAIME ANDRÉS WILCHES TINJACÁ
EDITOR REVISTA CIUDAD PAZ-ANDO